

III

ECUMENISMO ESPIRITUAL

CELEBRACION DE LA SEMANA DE LA UNIDAD EN 1968

(18-25 de enero)

CONCLUSIONES

El año pasado, en el número 5 de "Diálogo Ecuménico", hicimos recuento detallado de los diversos actos que se celebraron en toda la geografía española con motivo de la Semana de la Unidad.

Este año preferimos seguir otro camino al presentar balance de "la oración por la unidad" que ha tenido lugar en los diversos ambientes del pueblo de Dios. Queremos, más bien, dar un juicio de valor sobre el ritmo ecuménico que marca la celebración del popularmente conocido con el nombre de "Octavario" de la unidad.

Ya en el mes de diciembre de 1967, el Centro Ecuménico Juan XXIII movilizó sus varias VOCALIAS del exterior, en or-

den a marcar pauta de la futura celebración de la Semana y a recoger las realizaciones que habrían de tener lugar.

Concretamente fue enviado material ecuménico desde las vocalías siguientes:

VOCALIA DE SEMINARIOS DIOCESANOS.

VOCALIA DE RELIGIOSOS.

VOCALIA DE RELIGIOSAS.

VOCALIAS PARA HISPANOAMERICA (Seminarios, Religiosos, Religiosas).

VOCALIA PARA PORTUGAL.

La recogida del material de respuesta nos ofrece las siguientes CONCLUSIONES:

1.^a en casi toda la América del Sur va fijándose la celebración de la Semana de la Unidad en las fechas inmediatas a Pentecostés, como más oportunas comunitariamente, dado que durante el mes de enero es temporada de verano y vacaciones. Este hecho permite esperar una recíproca ayuda entre España e Hispanoamérica en la prestación de material unionístico de información y oración ecuménica, supuesto el intervalo de tiempo intermedio, que permite el envío conveniente;

2.^a en los ambientes eclesiásticos y religiosos de Portugal comienza un despertar del interés por la causa de la unión de los cristianos; interés que, por otra parte, había ya comenzado en parte por el nacimiento y acción de algunos movimientos apostólicos que habían tomado esta línea; la prensa portuguesa, además, se ha hecho bastante eco de las inquietudes ecuménicas del Centro Juan XXIII de la Universidad Pontificia de Salamanca, merced a la actividad de la Vocalía de Portugal;

3.^a en los seminarios y comunidades religiosas de España se va notando que la preocupación por la unidad cala más y más, prendiendo con fuerza no sólo en los seminaristas teólogos, sino también entre los filósofos y aun en los ambientes de colegios de Enseñanza Media. Hay que decir que todavía

existen ambientes muy diferentes: algunos que van apoyados y dirigidos por fervorosos ecumenistas, generalmente sacerdotes jóvenes que se han informado ya ecuménicamente, y otros que sufren la rémora de dirigentes que tienen ciertas suspicacias a lo que “llaman ecumenismo”, porque no acaban de comprender que “eso” también es cuestión de los católicos españoles, si es que quieren ser “católicos”; es decir: universales;

4.^a en las parroquias, de ciudad o de zona rural, se nota el mismo fenómeno: existen “feligresías” muy metidas en la preocupación, secundando los pasos marcados por las consignas diocesanas o por párrocos alertados convenientemente; y hay “pueblos” que se hallan desorientados con las “excesivas cautelas” a que oyen decir que hay que atenerse para no caer en el indiferentismo. El clero rural, de modo especial, está necesitado con urgencia de disponer, a su propio nivel, de publicaciones ecuménicas populares, del tipo de nuestra revista **RENOVACION ECUMENICA**, para acertar en el modo concreto de dar al pueblo sencillo el espíritu y la práctica del ecumenismo;

5.^a la “celebración” de la Semana, en general, se reviste, por todas partes, de solemnidad y utiliza formas muy variadas: misa de la unidad, celebraciones de la palabra, conferencias y homilías, horas santas, vía crucis ecuménicos, etc. Pero, aún no ha logrado en todas partes entrar en su “propio estilo”, de “propia purificación” y “ardiente súplica”.

6.^a en general, corren algunas opiniones que aun consideran al ecumenismo como “ilusión de unos pocos”, “afán de desorbitar las cosas en España”, “cosa exclusiva de peritos”. Pero, se constata afortunadamente lo siguiente: los más consideran ya el ecumenismo como “serio trabajo por la unidad cristiana”, “problema urgente y vivo”, “movimiento renovador”, “tarea que afecta a toda la Iglesia”.

7.^a Mucha desorientación hay “en cuanto a la reforma ecuménica”. Es decir: todos saben que hace falta la reforma de vida. Pero, muy pocos aciertan con el qué concreto de la reforma eclesial que produce directamente ecumenismo; raramente se encuentra alguien que sepa llevar la reforma litúrgica, por ejemplo, en sentido ecuménico. Y lo mismo las otras

múltiples reformas o renovaciones que están en marcha. Con lo cual, a veces, se perjudica la marcha hacia la unidad sin pretenderlo. Por ello, cada vez se hace más urgente que los organismos nacionales episcopales (Liturgia, Misiones, etc.) traten de conjuntar su tarea con la del Secretariado Nacional y viceversa.

8.^a en línea de formación e información ecuménica se constata que llegan a través de libros y revistas científicas la primera y a través de periódicos y revistas de divulgación la segunda. Pero, es de advertir que la verdadera formación ecuménica aún se recibe en poca proporción porque no abundan profesores preparados y son pocas las revistas y libros ecuménicos que llegan a los centros eclesiásticos. Urge que los responsables de las bibliotecas de seminarios y teólogos religiosos hagan entrar en ellas revistas específicas de ecumenismo. En cuanto a la información que se recibe habitualmente, tanto en comunidades como entre el clero en general, hay que lamentar el que no sea dada pedagógicamente, sino al azar, según se producen los hechos en diversos puntos del globo y según los airean los periódicos de mayor tirada.

Mirando a esta doble necesidad fundamental, el Centro Ecuménico Juan XXIII ha creado sus dos revistas, marcadamente distintas: la primera, DIALOGO ECUMENICO, para la formación científica y profunda; la segunda, RENOVACION ECUMENICA, para la educación popular ecuménica. Ambas se distinguen y completan perfectamente.

9.^a la conclusión más consoladora es, tal vez, la siguiente: se nota que “el ecumenismo no produce confusión o indiferencia de vida sino profundización espiritual, responsabilidad eclesial, inquietud santificadora, postura penitencial y de humildad, abandono en el Señor, realización de lo que llama el Vaticano II “una vocación divina”.

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO

ALGUNOS APUNTES SOBRE LAS IGLESIAS DE ORIENTE

JOSÉ MITCHELL

*Conferencia para religiosas en la
Semana de la Unidad (enero 1968)*

Está claro que una es la Iglesia de Cristo, y por lo tanto una división en ritos litúrgicos y en tradiciones tiene un valor meramente práctico, en cuanto nos facilita el estudio científico de las diferentes comunidades locales. Debemos, pues, en este sentido, acostumbrarnos desde el principio a hablar de *las* Iglesias de Oriente, en plural, porque estas Iglesias son de hecho varias en lo que se refiere a sus liturgias, a sus tradiciones, y al derecho canónico con que ordenan su vida. El deseo de tratarlas como si pertenecieran a una única tradición "oriental", da lugar a muchas confusiones y mal entendimiento.

Algunos liturgistas agrupan las Iglesias Orientales en cuatro familias litúrgicas. Es una clasificación útil y recomendable, y evita al novicio tales preguntas como estas, ¿cuál es la diferencia entre el rito griego y el rito bizantino? o bien, ¿en qué se distingue el rito eslavo del rito melquita? Así tenemos las Iglesias de Antioquía, Alejandría, Armenia y Bizancio. Estas Iglesias, o familias litúrgicas, se pueden subdividir de la siguiente manera:

1) Antioquía: a) la Iglesia siro-oriental o nestoriana; b) la Iglesia siro-occidental o jacobita; c) las Iglesias del Malabar en la India, a que pertenecen los llamados cristianos de

Santo Tomás. A esta familia antioqueña pertenece también la Iglesia maronita del Líbano, que tiene la particularidad de ser la única Iglesia oriental en completa comunión con la Sede romana.

2) Alejandría: a) la Iglesia copta, o la Iglesia de Egipto, con sus 3 a 4 millones de fieles; b) la Iglesia de Etiopía, con cerca de 9 millones de miembros.

3) Armenia: esta Iglesia debe contar con unos 3 millones de fieles, más o menos.

4) Bizancio: la Iglesia del antiguo Imperio Oriental engloba los "usos", para emplear la palabra puesta en boga por los autores anglo-sajones, de Grecia, Albania, los Países Árabes (los llamados melquitas, que ya veremos más adelante), Bulgaria, Chipre, Rumanía, Rusia y Serbia. Existen también Iglesias autónomas en otros países de Europa Oriental, como por ejemplo, en Checoslovaquia, Hungría, Finlandia, Polonia, etcétera. La Iglesia ortodoxa tiene además sus misiones en Alaska, en la China, Japón, Corea, África y otras partes del mundo. Es sumamente difícil dar el número exacto de fieles. La situación especial de Rusia y de los países de la península balcánica no ayuda mucho a determinar el número de cristianos que allí viven. Sin embargo, teniendo en cuenta el número elevado de ortodoxos que viven en los Estados Unidos y en la América Latina, la Iglesia ortodoxa debe contar con unos 200 millones de fieles.

En vez de una división por familias litúrgicas, algunos prefieren agrupar las Iglesias en familias teológicas. En este caso tendríamos:

1) la Iglesia nestoriana.

2) las Iglesias monofisitas. Pertenecen a este grupo los armenios, los coptos y los jacobitas. Es de uso referir a este grupo ahora como "ortodoxia no-calcedoniana". Es así como ellos mismos se denominan.

3) la Iglesia ortodoxa, o sea de los partidarios de Calcedonia.

Vamos a examinar un poco más detalladamente estas Iglesias, y comenzamos con la *Iglesia nestoriana*. Después del Concilio de Efeso (431), la escuela teológica de Antioquía, considerada por algunos como la madre del nestorianismo, fue reconstituida en el territorio del Imperio Persa, el enemigo tradicional del Imperio Bizantino. Fue una Iglesia muy floreciente, con su sede patriarcal en Seleucia Ctesiphon, modernamente entre las fronteras del Iraq. Esta Iglesia ejerció una inmensa labor misionera en los primeros siglos de su existencia. Los misioneros llegaron hasta las puertas de Pekín, como nos indica la famosa estela de Pekín, obra del siglo VII. Marco Polo encontró a los misioneros nestorianos en la corte del Gran Khan.

Fue la Horda de Oro, ya convertida al islamismo, que en sus campañas de invasión bajo el mando de Tamerlán (1336-1405) hizo unas grandes matanzas de nestorianos, poniendo así fin a la actividad misionera de dicha Iglesia. Después de aquellos acontecimientos, los nestorianos se recogieron dentro de las fronteras del Iraq e Irán modernos. Esta Iglesia fue muy perseguida también por los urdos durante los últimos años de la época otomana, y las persecuciones continúan hasta hoy.

Veamos ahora la *Iglesia de Alejandría*, la Iglesia copta. Los coptos son descendientes de los antiguos egipcios. Si bien su lengua actual es el árabe, la antigua lengua faraónica vive todavía en las ceremonias litúrgicas, muy mezclada, es verdad, con palabras griegas y escrita con caracteres griegos. La palabra *copto* es sencillamente una forma arabizada del griego *egiptios*. Con la supresión de la sílaba inicial y de la terminación adjetival *ios*, tenemos *gipt*. Esta palabra, pronunciada copte, copt o copto, conforme la lengua, fue empleada por primera vez en Europa en el siglo XVI para identificar a los cristianos de Egipto. El Patriarca Dióscoro, a quien la Iglesia copta llama San Dióscoro, fue condenado y depuesto de su oficio por el Concilio de Calcedonia (451) porque no quiso aceptar la condenación del monofisitismo impuesta por el Concilio. Esto es muy importante. La condenación conciliar no fue por motivos de herejía, sino por desobediencia y por no haber aceptado la fórmula del Concilio. Todas las Iglesias hoy tenidas por monofisitas condenan el verdadero monofisitismo de Eutiques.

Sin embargo, a pesar de la condenación de su Patriarca, el pueblo egipcio permaneció fiel a su pastor, y por esta causa fueron cruelmente perseguidos por los partidarios de Calcedonia. Recordamos que en ese tiempo Egipto era una provincia del Imperio Bizantino, y el rechazo del Concilio fue considerado como una insubordinación y una tentativa contra el gobierno imperial. La causa teológica, pues, de ambos lados estaba muy entremezclada con consideraciones políticas. Los que se mantuvieron fieles al emperador, o sea a la fe de Calcedonia, fueron llamados *melquitas*, de la palabra *malaq*, rey. En nuestra terminología moderna casi podíamos decir *monárquicos*.

Los invasores musulmanes, provenientes de Arabia, atacaron la ciudad de Alejandría en el año 641. El pueblo egipcio cristiano los consideró como libertadores y colaboró con ellos en sus campañas contra los bizantinos, o sea contra los partidarios de Calcedonia. Los coptos firmaron un pacto de amistad con el califa Omar (634-644), pero con el correr de los siglos se arrepintieron amargamente de aquella entrega a los musulmanes.

A los *armenios* compete la gloria de ser la más antigua nación cristiana. Ya en los albores del siglo IV Armenia era un reino cristiano. Los pogroms turcos de los primeros años de este siglo, y después de la primera guerra mundial, en los cuales perecieron decenas de millares de cristianos armenios, redujeron esta insigne Iglesia a unos 3 millones de fieles. Los armenios viven ahora en la República Soviética de Armenia, y en Egipto, Turquía, Líbano, Tierra Santa, como también en Europa y en los Estados Unidos. Esta Iglesia está organizada en dos catolicosados y dos patriarcados. El Primado de honor es el Catolicós de Etchmiadzin (Armenia Soviética). El Catolicós de Cilicia (Cis) huyó de Turquía con sus comunidades, después de las persecuciones, y se estableció en el Líbano (Antelias), cerca de Beirut, en un terreno que le fue facilitado por los protestantes americanos. Los dos patriarcados armenios son los de Jerusalén y de Constantinopla.

Las *Iglesias bizantinas*, u ortodoxas, son las Iglesias del Imperio Bizantino, fieles a la doctrina cristológica de Calcedonia.

Un poquito de terminología. La palabra “católico” empezó a ser usada durante el período del arrianismo para distinguir a los que profesaban la fe *común, universal*, esto es la fe *católica*, en el significado etimológico de la palabra, de aquellos que profesaban una fe particular, o sea una herejía, también en el sentido etimológico de esa palabra. “Ortodoxo” fue el nombre utilizado después del Concilio de Calcedonia (451) para identificar a aquellos que confesaban la verdadera fe; la ortodoxia, o la fe en las dos naturalezas de Cristo. Fue el Concilio de Calcedonia, como sabemos, el que condenó el monofisitismo y sus partidarios. La Iglesia latina reza aún hoy, en el canon de la Misa, “... pro omnibus orthodoxis atque catholicæ et apostolicæ fidei cultoribus”.

La Iglesia ortodoxa está constituida por una “liga”, como quien dice, de Iglesias hermanas, independientes en su organización interior, y unidas en la profesión de la misma fe y en la participación de los mismos sacramentos. En este sentido se entiende la frase de la letanía con que empiezan todos los oficios solemnes del culto ortodoxo y que pide por “el bienestar de todas las santas Iglesias de Dios”. El gobierno de cada Iglesia nacional está entregado a una asamblea, de obispos y otros miembros, llamada el Santo Sínodo. Modernamente el presidente del Santo Sínodo es el obispo de mayor jerarquía del país en cuestión. En algunos casos este jerarca tiene el título de Patriarca.

Sin embargo, no debemos olvidar la constante práctica de la Iglesia ortodoxa de considerar a los obispos absolutamente iguales entre sí. Es completamente erróneo, por lo tanto, pensar que Su Santidad el Patriarca Ecuménico es el jefe de la Iglesia ortodoxa. La respuesta que todo teólogo ortodoxo daría a la pregunta ¿quién es el jefe de la Iglesia?, es, sin vuelta de hoja, CRISTO. Y respondiendo a la pregunta ¿quién es el jefe visible? diría, la Iglesia local en torno a su obispo, y se serviría sin duda de la frase de San Ignacio de Antioquía: “ubi episcopus, ibi ecclesia”.

Es de la máxima importancia comprender bien esto si queremos entender la eclesiología ortodoxa. En una respuesta dada, por ejemplo, por el Padre Alejandro Schmemmann, conocido teólogo ruso, Decano de la Facultad de Teología Ortodoxa de

San Vladimir (Nueva York) y observador en el Concilio Vaticano II, a preguntas que le fueron dirigidas acerca del decreto sobre las Iglesias orientales en comunión con Roma, dijo entre otras cosas: "en muchos aspectos [el decreto] no pasa de ser un documento latino sobre la tradición oriental. A la institución de los patriarcados, por ejemplo, no sólo se le concede una importancia que de hecho no tiene en la Iglesia oriental, pero es además definido como una jurisdicción personal que el patriarca ejerce sobre los otros obispos, lo cual es completamente ajeno a la tradición canónica del Oriente, que considera siempre al patriarca, o a cualquier otro primado, como un *primus inter pares*".

Los patriarcados tradicionales son: Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. El patriarca de Constantinopla, arzobispo de la Segunda, o Nueva Roma, es también llamado el Patriarca Ecuménico, pues era patriarca del mundo, del *ekumêne*, griego. El patriarca de Alejandría fue el primer obispo a usar el título de *Papa*, y lo usa aún hoy. El patriarca de Antioquía es también el sucesor de San Pedro, pues es sabido que el Santo Corifeo fundó y fue el primer obispo de la Sede de Antioquía.

Después del Concilio de Calcedonia y de la separación de los monofisitas, residen en Alejandría dos patriarcas, el copto y el ortodoxo. Es el mismo caso en Antioquía, pues hay un patriarca ortodoxo y un patriarca jacobita de Antioquía. Antioquía se sitúa modernamente en Turquía, pero los patriarcas de Antioquía viven, desde hace siglos ya, en Damasco (Siria). En Jerusalén, llamada "la Madre de todas las Iglesias", hay un patriarca ortodoxo y un armenio. Desde los tiempos de las Cruzadas, existe también el patriarcado latino de Jerusalén. Este patriarcado fue renovado en el pontificado de Pío IX. Muchos pensaron que este patriarcado, fuente de muchos sinsabores tanto para los ortodoxos como para los católicos orientales, sería suprimido por el Concilio Vaticano II.

Posterior es el patriarcado de Moscú, creado en 1589, suprimido por fines políticos por Pedro el Grande que se negó a nombrar un sucesor al patriarca Adrián (†1700), y restablecido después de la caída del Imperio ruso, días antes de la

implantación del régimen bolchevique. Son también más recientes, en este sentido, los patriarcados de Georgia, Servia, Bulgaria y Rumanía. La autoridad suprema en la Iglesia es el Concilio Ecuménico. A la pregunta ¿qué es un Concilio Ecuménico? o mejor ¿cuáles son los criterios para decidir si un Concilio es ecuménico o no? los ortodoxos dan varias respuestas. De mayor importancia que la convocación imperial o que la ratificación papal, es la aceptación del Concilio por el pueblo fiel, o mejor, el “consensus ecclesiae”. Esclareció muy bien el pensamiento de la Iglesia en este sentido monseñor Crisóstomo Konstantinidis. Hablando este metropolitano en el Congreso Ortodoxo de Salónica en noviembre de 1959, dijo: “En definitiva, es decisiva en la Iglesia ortodoxa la conciencia de cada creyente particular, el cual independientemente de su formación personal, siente lo que es realmente ortodoxo y lo que no es”. Es de notar también esta frase del profesor Amílcar Alivizatos, teólogo seglar, canonista, ex-rector de la Facultad de Teología de Atenas y muy conocido en el mundo ortodoxo: “La Iglesia está estructurada democráticamente. Ciertamente que esta expresión no es completamente adecuada. La palabra rusa *sobornost* expresa mejor el concepto”. Notamos que la palabra *sobornost* significa más o menos colegialidad.

Una palabra sobre la labor ecuménica de Su Santidad el patriarca Athenágoras I. A penas se enteró de la convocación del Concilio Vaticano II, el patriarca, a pesar de su avanzada edad, ya pasaba de los 80 años, visitó las Iglesias del Próximo Oriente para tratar de definir la posición ortodoxa y de animar a sus hermanos en el episcopado con sus mismos deseos de paz y de unión. Fue él que sugirió un encuentro con el papa, y bien conocemos el éxito de las visitas a Jerusalén, Constantinopla y Roma. A pesar de muchas dificultades, y de oposición proveniente de muchos lados, Su Santidad el patriarca multiplica sus esfuerzos en pro de la unión y del amor fraterno. Delante del altar de San Pedro, en el día de su triunfal visita en octubre del año pasado, dijo al Papa: “Estamos en este santo lugar, al lado de Vuestra Santidad, cerca del altar, y nos preparamos de corazón y de espíritu a caminar hacia una Eucaristía común, con los mismos sentimientos del Señor que lava los pies a sus apóstoles. Oímos en este momento excepcionalmente santo el grito de la sangre de los apóstoles

Pedro y Pablo, la voz de la Iglesia de las Catacumbas y de los mártires del Coliseo que nos invitan a servirnos de todas las formas y de todas las maneras para terminar la obra santa comenzada, es decir, la de la perfecta unión de la Iglesia de Cristo dividida, no sólo para que se haga la voluntad del Señor, sino también para que el mundo vea resplandecer lo que es, según el símbolo de nuestra fe, la primera propiedad de la Iglesia, la unidad”.